



VOLUNTARIADO: ESCUELA DE APRENDIZAJE

SILVIA ROZAS BARRERO

PERIODISTA

Hay personas en nuestras sociedades que todavía viven de las utopías y confían en ellas. Son pocas, es verdad, pero mueven las entrañas de quienes pensamos que todavía se pueden cambiar las estructuras injustas. Quizá la historia del voluntariado recuerda épocas de beneficencia en las que el voluntario entregaba su tiempo redentor de una forma paternalista, pero siempre llena de buena voluntad. También se creía que las ONG tenían que llenar el vacío de los Estados y hoy descubrimos que además de dedicarse a la asistencia, deben presionar a los Gobiernos de todo el planeta para cambiar las estructuras. La cultura de la solidaridad ha progresado, aunque los compromisos son puntuales y sigue existiendo una llamada a "afectarnos" con las tres cuartas partes de la humanidad que vive en pobreza. Cada vez surgen más ONG, más Fundaciones, más asociaciones sin ánimo de lucro; los estudios actuales no llegan a acertar con el número exacto de organizaciones que existen. Nuevas estructuras sociales que necesitan el empuje de nuevos voluntarios que se involucren en compromisos nuevos.

Hace unos meses conocí a Juan, un joven que dormía en las calles de Santiago de Compostela. Es curioso, siempre tuve un cierto reparo a pasar a primera hora de la mañana por donde duermen hombres y mujeres sin hogar. Y hablando con este joven... descubrí su temor a la calle, a dormir a la intemperie, su miedo a la oscuridad... Juan se ha descolgado de la sociedad y ya no sabe volver. Hay millones de historias de personas concretas que están excluidas. Cierto es que en Occidente el concepto de pobreza ha cambiado, pero no podemos ocultar que todavía existe la falta de alimento y no se han cubierto las necesidades básicas para estimar la dignidad del ser humano. Es en el contacto directo con las personas excluidas donde el voluntario descubre el primer impulso de su acción: la compasión, no como senti-

miento de pena, sino dejándose afectar con los ojos del corazón.

Ser voluntario en nuestra sociedad es ejercer el derecho y el deber de la ciudadanía que se responsabiliza de los asuntos que afectan a todos. Joaquín García Roca insiste constantemente en que "el voluntariado no es una coartada para dismantelar los compromisos del Estado, sino más bien para reclamarlos". Indudablemente, el voluntario se encuentra muchas veces en los límites de las órdenes establecidas, pero sin olvidar que la actitud de humanidad es la mejor de las pedagogías. Cuando hombres y mujeres nos dejamos afectar por estas situaciones concretas, el voluntariado se convierte en una verdadera escuela de aprendizaje. La mejor. La escuela que nunca olvidaremos.

Porque el voluntario, saliendo de sí mismo y desde su gratuidad, establece un diálogo con el otro y deja atrás el monólogo característico de la beneficencia clásica. No se trata de impactarse mediáticamente, es necesario involucrarse, crear lazos en lugar de muros. Porque los deficientes profundos, los niños, los inmigrantes, los enfermos, los drogadictos, las prostitutas... tienen algo que decirnos y son ellos los que tienen la palabra sobre sí mismos. Son cuestiones que deberían afectar a todos los ciudadanos y sin embargo, es difícil encontrar a personas que quieran comprometerse con seriedad y una cierta constancia. Nos movemos puntualmente, en manifestaciones concretas, salimos a la calle impactados durante unos instantes, pero no "afectados" por un compromiso diario con eso que hoy llamamos ciudadanía. Las ONG se quejan de la falta de voluntarios. Y no les falta razón, pero es que todavía no hemos descubierto que el voluntariado es una escuela de aprendizaje para la vida. Gratuidad, diálogo, acompañamiento, convivencia... tantos valores que los excluidos aportan en un diálogo generoso con quien los acoge. ■